

la oracion es moralmente imposible que ningun hombre se salve ; con el frecuente uso de la oracion es moralmente imposible que un hombre se condene. ¿Qué mas puedo deciros para aficionaros á este santo ejercicio? Daos á él con piedad y frecuencia, y teneis asegurada la salvacion. Amen.

PLATICA II.

MODO DE HACER BIEN LA ORACION.

Petitis, et non accipitis, eò quòd malè petatis. (Jacob. iv, 3).

No puede negarse que el uso de la oracion es aun bastante general entre nosotros, y que, á excepcion de algunos desalmados y enteramente perdidos, son muy pocos los que de un modo ú otro no la hagan todos los dias. Bien ó mal, poco ó mucho, por rutina ó por fervor, es raro el cristiano que cada dia no se ejercita en la oracion. Sin embargo, en tanta multitud de personas que diariamente ruegan, piden y suplican, temo, hijos mios, que Dios podria repetir lo que dijo Jesucristo en ocasion que las turbas hebreas le rodeaban, apretaban y comprimian para que las otorgase algunas gracias. Oid el caso.

Mientras que, como he insinuado, una gran multitud de pueblo asediaba á Jesucristo sin dejarle cási respirar, una mujer que de mucho tiempo padecia un flujo de sangre, deseosa de recobrar la salud, rompió por entre la muchedumbre á fin de acercarse al Salvador y tocarle furtivamente el extremo del vestido, diciendo entre sí con viva fe : tan solo consiga tocarle la ropa, quedará curada : *Dicebat enim : quia si vel vestimentum ejus tetigero, salva ero.* Tocóla en efecto, y

al punto volviéndose Jesucristo á las turbas, preguntó : ¿Quién me ha tocado los vestidos? *Quis tetigit vestimenta mea?* Admirados los discípulos de una tal pregunta ; Maestro, le dijeron, las turbas os aprietan, la gente os oprime, el tropel de personas os ahoga, ¿y preguntais quién os ha tocado? ¡Oh! replicó Jesucristo, en tanta muchedumbre que me rodea y me oprime, uno solamente ha conseguido tocarme para su bien y salud ; y dirigiéndose á la mujer, véte, hija, la dijo, has conseguido lo que deseabas, quedas enteramente curada : *Filia... vade in pace ; et esto sana à plaga tua.*

Tambien muchos son los cristianos que acuden á Dios por medio de la oracion ; pero pocos en verdad consiguen lo que piden. ¿Por qué? porque piden malamente : *Petitis, et non accipitis, eò quòd malè petatis.* Unos piden á Dios cosas impertinentes, frívolas, indignas de su magnificencia y majestad ; otros oran con un espíritu distraido, disipado, lleno de pensamientos terrenos ; otros suplican sin humildad, sin confianza, sin continuacion. ¿Qué mucho que salgan de la oracion tan pobres y miserables como entraron? Para que la oracion sea infaliblemente oida de Dios, ha de tener tres condiciones indispensables : 1.ª ha de ser recta en su objeto : 2.ª ha de ser decente en el modo : 3.ª ha de ser humilde, confiada y perseverante en su pretension.

Por lo que toca al primer punto, la oracion ha de ser recta en su objeto, es decir, que no se haga para pedir á Dios cosas indignas de pedirsele. La oracion, dicen los teólogos, es una súplica hecha á Dios de cosas convenientes y dignas de él : *Petitio decentium facta Deo.* ¿Y cuáles son, hijos mios, estas cosas convenientes y dignas de Dios? Son aquellas que

miran á nuestro verdadero bien ; aquellas que se refieren á nuestra eterna felicidad ; aquellas que son conducentes á la posesion del cielo. Estas, estas son el grande objeto que merece nuestra atencion ; estas son el don soberano y verdaderamente digno de Dios ; estas son el don inestimable que él ha prometido á nuestras oraciones sin restriccion ni reserva. Y así ¿cuál ha de ser la principal materia de nuestras oraciones? El cielo, fieles, el cielo, y todo lo que es necesario para conseguirlo, como huir el pecado, vencer las tentaciones, observar la divina ley, practicar las virtudes cristianas, vivir en gracia de Dios y morir en su santo amor. Héos ahí las principales cosas que debemos pedir en la oracion, seguros de que pidiendo cosas tan dignas de ser pedidas, nuestra oracion será grata á Dios, será bien recibida de él, será infaliblemente oida, si la acompañan las otras condiciones que os he propuesto.

Pero ¿qué? me diréis, ¿toda la materia de nuestras oraciones ha de reducirse á los bienes eternos? ¿no podremos pedir á Dios los bienes temporales?—Seria un error el negarlo, habiéndonos el mismo Jesucristo enseñado á pedir el pan que necesitamos cada dia : *Panem nostrum quotidianum da nobis*. No se nos prohíbe el pedir las cosas necesarias al mantenimiento de la vida presente ; pero debemos comenzar siempre por pedir los bienes del alma, que son los bienes verdaderos, y los únicos que Dios se ha obligado á darnos en premio de la oracion. Por esto Jesucristo no nos enseña á pedir el pan material, sino despues de haber pedido la santificacion del nombre de Dios, la venida de su reino y el cumplimiento de su santa voluntad.

Pero aquí, digámoslo claro, aquí es donde comunmente se falta. ¿Sobre qué versan nuestras oraciones? Cási siempre

sobre las cosas terrenas, y raras veces sobre las cosas del alma. Si nos sucede una desgracia temporal, si cae enferma una persona querida, si experimentamos una persecucion, si nos hallamos en un mal paso, ¡oh! somos muy prontos en acudir á Dios ; entonces vengan misas, vengan tríduos, vengan novenas, vengan oraciones ; todo se busca, nada se omite, nada se escasea, nada se olvida ; pero si nos sucede una desgracia espiritual, si nos hallamos en una fuerte tentacion, si caemos en un pecado grave, si perdemos la gracia, la pureza, el alma, el cielo, á Dios, ¡ay de mí! entonces como si nada hubiese sucedido, ni siquiera nos ocurre el pensamiento de acudir á Dios para que remedie tanto mal. Por lo que mira al cuerpo todo es solicitud, todo es fervor, todo es devocion ; y por lo que toca al alma todo es calma, todo indiferencia, todo insensibilidad. ¿Y nos admirarémus de que Dios no oiga nuestras oraciones? ¿Y cómo ha de oirlas, si solo se las hacemos para conseguir niñerías, bagatelas y verdaderas nonadas? ¿Qué sucederia si un vasallo, instado de su soberano para que le pidiese gracias proporcionadas á su magnificencia y majestad, se limitase á pedirle algunos juguetes de niños? ¿No lo tomaria el rey por una burla? ¿no echaria con indignacion de su presencia á aquel miserable? Pues este es nuestro caso, hijos míos. Dios nos ofrece los bienes del alma, y nosotros solo le pedimos los bienes del cuerpo : Dios quiere darnos el cielo, y nosotros solo suspiramos por la tierra : Dios nos brinda con una felicidad eterna, y nosotros solo cuidamos del bienestar temporal. ¿Cómo quereis que él, justamente picado, no rechace súplicas tan frívolas, tan mezquinas, tan indignas de su grandeza y majestad?

Y no se diga que abulto las cosas. ¿Qué? ¿no hay muchísimos cristianos que apenas se acuerdan de Dios, sino

cuando les interesa acudir á él para las conveniencias de la vida presente? Os daré una prueba de ello. Vosotros sabeis que hay algunos Santos á quienes se atribuye un poder singular para librarnos de ciertos males temporales, como á san Sebastian se atribuye el poder de librar de la peste, á san Antonio el de preservar de caidas, á santa Lucía el de curar la vista, á santa Apolonia el de curar el mal de dientes, etc., etc. Pues bien, cuando llega la festividad de alguno de estos Santos, ¿qué veis? que muchos que suelen vivir en un completo olvido de Dios, se vuelven de repente muy fervorosos y muy devotos, y son los primeros que van á postrarse delante de sus altares, en venerar las reliquias de aquel Santo cuya festividad se celebra, en ofrecerle dádivas, en encomendarse á su proteccion. ¿Y para qué? ¿para que les alcance de Dios algun bien espiritual? Nada menos que eso: todas sus miras no se dirigen á otro fin que á librarse de ciertos males temporales.

Yo no condeno el que se recurra á los Santos para las cosas de la vida presente; lo que repruebo es, que siendo vos, cristiano, un pecador habituado, no penseis primero en encomendaros á san Sebastian para que os libre de la peste espiritual del alma; que siendo tú, doncella, tan atrevida en exponerte á las ocasiones, no pienses antes en encomendarte á san Antonio para que te libre de caer en pecado; que siendo tú, jóven, tan impuro y lascivo en las miradas, no pienses primero en encomendarte á santa Lucía para que te alcance la mortificacion de los ojos; que siendo vos, mujer, tan critica y murmuradora, no penseis antes en encomendaros á santa Apolonia para que ponga un freno á vuestra mordacidad: esto, esto es lo que repruebo.

Buscad primeramente el reino de Dios, os dice Jesucristo,

y todo lo demás se os dará como por añadidura. No habeis de pensar que pidiendo á Dios su reino, él deje de daros lo que os sea conveniente para esta vida; al contrario, puede ser que os conceda bienes temporales tanto mas liberalmente, cuanto mas indiferentes os mostreis por ellos. Lo que sabré decir es, que así lo hizo el Señor con David y con Salomon. Yo, decia el primero, jamás he pedido á Dios mas que una sola cosa, y fuera de esta no tengo intencion de pedirle otra: ¿y sabeis cuál es? es el poder habitar eternamente en el cielo: *Unam petii à Domino, hanc requiram; ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitæ meæ*. Sin embargo, no se contentó el Señor con darle el cielo que le pedia; sino que le colmó de muchas bendiciones temporales. Lo mismo hizo con Salomon. Porque este príncipe, olvidando todo lo terreno, no le pidió otra cosa que la sabiduría: *Da mihi sedium tuarum assistricem sapientiam*, no se contentó Dios con hacerle el mas sábio de los hombres: yo te otorgo, le dijo, la sabiduría que deseas, y además te concedo otros bienes que no me has pedido, como son riquezas, paz, poder y gloria; de suerte que ningun rey te habrá igualado en los siglos precedentes, ni habrá otro que se te parezca en las edades futuras. Ya veis, fieles míos, cómo se porta Dios con los que le piden cosas convenientes y dignas de él; hacedlo vosotros, y vuestra oracion no podrá menos que ser bien recibida y favorablemente despachada.

Debo advertiros, no obstante, que para esto es menester que vuestra oracion sea decente en el modo, es decir, que vaya acompañada de la debida atencion del entendimiento. Esta condicion, hijos míos, es la primera, la mas necesaria, y puede decirse, la mas esencial; porque es el alma de la oracion, la cual no se hace propiamente con la lengua, sino

con el entendimiento y el corazón. Solo el entendimiento y el corazón son los que ruegan; la lengua no hace más que expresar las ideas del uno y los deseos del otro. Si, pues, vuestro entendimiento y vuestro corazón no están unidos con Dios, si divagan, si se disipan, si se desvanecen, toda y cualquiera cosa que digais en la oración, no será oración verdadera. Podréis decir hermosas palabras; pero dichas sin reflexión, serán como las de aquel pueblo grosero del cual se quejaba el Señor diciendo: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí.*

Y os aseguro, que este defecto es muy común. En muchos la oración no es más que un juego de palabras pronunciadas sin reflexión ni espíritu: pasan rosarios, rezan coronas, articulan oraciones bellísimas; pero con espíritu frecuentemente indevoto y casi siempre distraído. Este solo defecto, si concurre en vosotros, sería bastante para hacer inútiles, infructuosas y aun condenables vuestras oraciones. Me diréis que á veces no sois dueños de vuestra atención, y que sin quererlo, la mente se os va á otras cosas.—Todo puede ser verdad, pero hasta un cierto punto.

Yo distingo dos especies de distracciones: unas que son voluntarias, y otras que no lo son. No son voluntarias cuando, no obstante los medios que uno hace para estar recogido en Dios, el entendimiento se halla sorprendido de ideas extrañas que le transportan á cosas impertinentes. Estas distracciones son efecto de la natural ligereza de nuestro espíritu y de la volubilidad innata de nuestro corazón; pero no impiden el fruto de la oración, antes, si hay cuidado y paciencia en combatirlas, la hacen más meritoria y acepta á Dios. Tengan esto presente aquellas personas que siempre están lamentándose de sus distracciones, y pidiendo un remedio para

no tenerlas. Yo también me lamento de las mías, y si supiese un remedio para evitarlas, lo adoptaría de buena gana. Pero repito, que tales distracciones son efecto de nuestra miseria, y no impiden el fruto de la oración.

No lo discurreis empero así de aquellas otras distracciones que ó se buscan expresamente, ó no se rechazan cuando se advierten, ó se rechazan con flojedad. Estas distracciones voluntarias y culpables no solo impiden el fruto de la oración, sino que la convierten en pecado.—Por lo tanto, si queréis que Dios escuche vuestras oraciones, procurad estar en su presencia con un espíritu atento, devoto y recogido.

¿Y con esto, diréis, podemos estar ya seguros de que Dios nos oirá?—No: porque además de esto se requiere que la oración lleve por compañeras la *humildad*, la *confianza* y la *perseverancia*. Estas tres cosas son tan necesarias para el buen éxito de la oración, que en faltando una sola, no hay que esperar, al menos con seguridad.

En cuanto á la *humildad*, el mismo Salvador nos lo muestra claramente en la parábola del Fariseo y del Publicano. En ella se echa de ver, que sin la humildad Dios abomina al suplicante, aunque esté dotado de muy buenas cualidades; y que con la humildad Dios le oye, aunque se encuentre manchado de grandes vicios. ¿Quién era el Publicano? Un hombre de costumbres relajadas. Sin embargo, porque hizo una oración muy humilde, Dios le oyó y le envió á su casa justificado. ¿Quién era el Fariseo? Un hombre que no dejaba de tener algunas prendas muy buenas. No obstante, porque su oración fue orgullosa, arrogante y altanera, Dios la desechó, y se mostró ofendido de ella. ¿Y por qué esto? porque está escrito, que *quien se humilla será ensalzado, y quien se enorgullece será abatido.*

Esta humildad consiste en ponerse á la presencia de Dios con un profundo sentimiento de nuestra bajeza y de nuestra nada, en confesarnos indignos de toda gracia, en juzgarnos inmerecedores de su atencion y de sus miradas. Y si bien esta humildad reside esencialmente en el corazon, con todo debe manifestarse tambien en el exterior, haciendo que nuestro semblante, nuestra posicion y toda nuestra persona respire la modestia y sumision que corresponde á un suplicante. Cuidado, pues, en llevar á la oracion un cierto espíritu de presuncion secreta, por el cual os parezca que Dios haya de tener alguna consideracion á vuestros méritos; porque esto solo bastaria para que todas vuestras súplicas quedasen infructuosas.

Esta humildad, empero, no ha de quitar ni disminuir un ápice aquella viva confianza que debéis tener de alcanzar de Dios las gracias que le pidiéreis. No están en oposicion estas dos cosas, humildad y confianza; porque aquella se funda sobre nuestra indignidad y nuestra nada, y esta se apoya sobre la bondad y clemencia de Dios, sobre la palabra y los méritos de Jesucristo, y ¿me creeréis? sobre nuestra propia miseria. Sí: nuestra misma miseria debe sernos un motivo de mayor confianza; porque así como la pobreza es para el mendigo un justo título para pedir limosna, y tanto mas confia alcanzarla, cuanto mayor es su miseria; así nuestra misma bajeza debe hacernos confiar mas en la bondad de Dios, porque ella nos da un cierto derecho á sus gracias.

Y no temais que el Señor se dé por ofendido de vuestra confianza, como si el tenerla fuese faltarle al debido respeto: al contrario, se complacerá al ver que os fiáis enteramente de él, y que os dejais confiadamente en sus manos. Esta confianza era la primera condicion que Jesucristo exigia á cuan-

tos acudian á él para obtener alguna gracia, y á ella atribuia siempre los grandes milagros que obraba: *Fides tua te salvum fecit*. De lo que resulta, que si nos llegamos á Dios con duda, con temor, con desconfianza de alcanzar lo que le pedimos, estamos perdidos, y es muy de temer que nuestra oracion quede sin efecto.

Parece que una tal desconfianza no deberia tener lugar en nosotros, confesando como confesamos la infinita bondad de Dios; sin embargo es el defecto mas comun que llevamos á la oracion; y ¿sabeis por qué? porque conocemos nuestra infidelidad y nuestro mal comportamiento para con él. ¿Qué confianza podemos tener de alcanzar alguna gracia de un amigo, si sabemos que él tiene motivos para estar quejoso de nosotros, y puede echarnos en cara justas reprensiones? Pues héos ahí lo que nos hace desconfiar cuando nos presentamos á Dios en la oracion: conocemos las muchas faltas que contra él cometemos diariamente, el poco fervor con que le servimos, la continua resistencia que hacemos á sus inspiraciones; y esto nos hace bajar la cara de vergüenza, y nos hace dudar de si nos oirá ó no; porque no nos atrevemos á esperar mucho de él, por constarnos que le habemos tan malamente correspondido. Pongámonos al corriente con Dios; portémonos bien con él; no hagamos el sordo á sus voces, y no nos faltará la confianza; porque, como dice san Juan, si nuestro corazon no nos reprende de nada, tenemos segura esperanza en el Señor: *Si cor nostrum non nos reprehenderit, fiduciam habemus ad Deum*.

A esta confianza debemos añadir otra condicion, que es la perseverancia en el pedir, aunque no veamos luego el efecto de nuestras oraciones. Habiendo Dios prometido oirnos, no ha prometido hacerlo ni á la primera, ni á la segunda, ni á

la tercera instancia : al contrario, nos ha prevenido diciéndonos, que no nos cansemos de rogar, por mas que él parece no escucharnos : *sustinete sustentationes Dei*. El Señor tiene sus razones para no oirnos desde luego : unas veces lo hace para probar nuestra constancia ; otras para que hagamos mayor aprecio de la gracia que pedimos, pues lo que cuesta poco por poco suele reputarse ; otras para que no creamos un deber de su justicia lo que no es mas que un don de su bondad. Pero cualquiera que sea el motivo por el cual retarde concedernos lo que le pedimos, debemos estar ciertos que puede diferirlo, pero que al último no nos lo puede negar.

Ahí teneis explicadas las condiciones que ha de tener vuestra oracion para ser infaliblemente oida de Dios. Si falta alguna de ellas, tal vez seréis oidos, tal vez no lo seréis ; pero si concurren todas, la cosa es segura, y tan segura como la palabra del que dijo : *Pedid y recibiréis : buscad y hallaréis : llamad á la puerta y se os abrirá*. Amen.

PLATICA III.

LA ORACION DOMINICAL EN COMUN.

Vos autem sic orabitur: Pater noster, qui es in caelis. (*Matth. vi, 9*).

Sentadas en las dos pláticas precedentes las doctrinas generales sobre la oracion en comun, pasemos á tratar en particular de la *Oracion dominical*, vulgarmente dicha el *Padre nuestro*, la cual, como sabeis, nos fue enseñada y propuesta por Jesucristo como un modelo, conforme al cual debemos arreglar todas las otras oraciones. Esta es aquella oracion necesaria que los Padres llaman *cotidiana*, porque debemos re-

zarla todos los dias ; aquella oracion excelente que todo cristiano debe saber y entender, porque no merece el nombre de cristiano quien la ignora ó no la entiende ; aquella oracion divina que contiene en pocas palabras todo cuanto se puede pedir santamente á Dios, tanto para el alma como para el cuerpo, tanto en el órden de naturaleza como en el órden de gracia.

Así como hablándoos del *Credo* os dije, que para ejercitar nuestra fe, no basta rezarlo materialmente, sino que es menester penetrar, entender y adherirse á las verdades que propone ; así hablándoos del *Padre nuestro* debo deciros que para ejercitar nuestra esperanza, no basta su recitacion material, sino que es necesario conocer y penetrar bien lo que decimos cuando enderezamos al Señor esta oracion. Yo os daré todos los conocimientos necesarios al intento, explicándoosla punto por punto y palabra por palabra ; pero á fin de que vuestra instruccion sea mas sólida y mejor cimentada, quiero que antes veais cuál es su excelencia, cuál su eficacia, y cuál el uso que debeis hacer de ella.

No cabe duda que entre todas las oraciones vocales, la que llamamos *Oracion dominical*, ó *Padre nuestro*, es la mas excelente, sea que se mire al autor que la ha dispuesto, sea que se consideren las partes que la componen, sea que se atienda á la brevedad, órden y precision admirables con que está redactada.

Primeramente, hijos míos, el autor de la *Oracion dominical* no es un hombre puro, no es algun Santo, no es algun Ángel ; es el Hijo de Dios hecho hombre, es la misma Sabiduría encarnada, es Dios mismo. En dos ocasiones diferen-